

El Pontífice de los pobres

Sol que muere.— El 20 de julio de 1903 corrió rápidamente la noticia de la muerte de León XIII. La primera impresión fué de estupor y tristeza. Durante 26 años aquel Papa había brillado como astro de primera magnitud. Todos, aun los más sectarios, ponderaban su trato exquisito, su vasta cultura, su tacto diplomático, su sensibilidad al problema social. Queda, como monumento de su espíritu religioso y su formación humanística, la serie de sus encíclicas que siempre sabe revestir las ideas con las galas de severa pero elegante literatura. Su ocaso quedaba inundado en torrentes de luz pero... ocaso al fin y al cabo.

Nueva Aurora.— No conoce la Iglesia ocasos definitivos y sabemos que a sol que muere suceden siempre y pronto albores de nueva aurora. Para muchos que siguieron la carrera triunfal de León XIII la elección de Pío X era casi un fracaso. Eran sus antecedentes desconocidos y al indagar su vida, descubrían todas sus etapas envueltas en singular modestia. La Providencia de Dios con el nuevo contraste confirmaba la ley de su vigilancia sobre la Iglesia y mientras el Pontificado de Pecci se admiraba por su elevación y su cristiana diplomacia, el Pontificado de Pío X se distinguiría por su piedad y por su espíritu cristiano.

Era León XIII hijo de los Condes de Pecci; Pío X nació en un hogar de modestísimo empleado. La cultura de León XIII tuvo todas las facilidades; Pío X, se formó a través de increíbles dificultades. León XIII entró en la Academia de Nobles Eclesiásticos, conoció muy joven los honores y apenas ordenado sacerdote,

comenzó la carrera diplomática y, como Nuncio en Bélgica y Obispo de Perugia y Cardenal, trazaba una trayectoria que se preveía iba a fijarse definitivamente en el solio de Pedro. Pío X ocupa los puestos más humildes. Parroquias provincianas primero y modestos cargos curiales luego, le harán recorrer todos los peldaños hasta que es elegido Obispo de Mantua, más tarde Patriarca de Venecia y con estupor de todos, y del mismo Sarto, coronado como Papa.

Feliz infancia.— Toda la infancia de Pío X se halla impregnada de serena calma. Riese, es un pueblecito que se asienta al Sur de los Alpes del Trentino, casi donde comienza la llanura del Po y sus habitantes viven de la tierra que labran. Sólo se oyen allí el murmullo del agua que corre de las nieves derritidas y el rumor del viento en los árboles entre las enceradas mieses; balidos y trinos y cantos compesinos era la música acordada de aquel valle. Formaba ese ambiente marco ajustado a los habitantes y hogares del lugar que no conocían el estrépito de las ciudades y se sentían felices en medio de aquella paz y calma.

En una modesta casa vivía un matrimonio; él, Juan Bautista Sarto y ella, Margarita Sansón. El, además de unas pequeñas propiedades, tenía el oficio de cartero del pueblo y percibía, por el pacífico trabajo del reparto del correo, el salario de 0,50 liras; ella, había sido costurera de Vedelago, minúscula aldea que nunca pensó en modas ni elegancias. Buenos los dos y solícitos en cumplir con los deberes familiares para criar cristianamente el precioso ramillete de diez vás-

tagos, a Margarita se debe de manera especial la obra de educación de los hijos. Activa, solícita, enérgica supo acostumarlos a la austeridad de la vida y a la austeridad del cumplimiento del deber. Su nombre y acción nos trae el recuerdo de aquella otra Margarita Occhiena,, contemporánea suya que, en el Piamonte, a la sombra de los Alpes Occidentales, forjaba el alma de San Juan Bosco.

Entre privaciones.— Pequeña era la renta del padre y el correo de Riese con 0,50 diarios no le daba margen para prodigalidades. Si no hubiera sido por el espíritu cristiano y la actividad incansable de Margarita, hubieran caído en la miseria. Pero José, su hijo mayor, sabía comprender los sacrificios de sus padres y corresponder a ellos con su esfuerzo. No fué, como algunos han querido recalcar, en parte para resaltar el contraste con León XIII, un niño de talento mediano. En Riese, durante su escolaridad, obtuvo todos los premios y más tarde en el Colegio de Castelfranco lo mismo que en el Seminario de Padua, sus notas en todas las asignaturas dejan entrever que el campesino de Riese, gracias a su empeño y cualidades, sobresalió entre sus compañeros. Es muy elocuente el testimonio que se encuentra al pie de sus calificaciones en el archivo del Seminario: **"Discípulo irreprochable; inteligencia superior; memoria excelente; ofrece toda esperanza."**

Sus primeros años están saturados de sincera piedad. Tan pronto como pudo fué acólito en su pueblo y en aquellas simples funciones eclesíásticas llamó la atención por su presteza y compostura. Su primera comunión, a los 11 años, lo enrumba definitivamente hacia el sacerdocio, y en retorno, ese día se consagró a Dios para siempre. Cuando al poco tiempo, le preguntó su madre sobre sus futuros planes, cándidamente respondió el niño: "Quiero ir al Seminario: quiero ser sacerdote."

Trance duro para la madre que en la fortaleza y sentido práctico de José, veía la solución de su angustioso problema económico; pero su espíritu cristiano, no titubeó. Era la voz de Dios; tenía que seguirla. Y a ella se sometió también, aunque con más renuencias, el cartero de Riese, que no sólo pensaba en la pérdida de la colaboración filial, sino también en el aumento de gastos para su formación eclesíastica.

Sin embargo, José estaba dispuesto por su parte a los mayores sacrificios. Dia-

riamente hacía a pie y descalzo el recorrido entre Riese y Castelfranco (alrededor de 20 kilómetros) y nunca faltó a la clase ni entre las nevadas del invierno ni entre los ardores del verano. Es enternecedor ver a este hijo del pueblo, salir de Riese, detenerse al poco tiempo para quitarse los zapatos que eran caros, atarlos con una cuerda y echarlos a la espalda donde iba balanceando una alforjita, llena de un cantero de pan y alguna otra cosita, puesta por su madre: que así era de modesto su pobre yantar. Nueva parada antes de llegar a Castelfranco y el descalzo con sus relucientes botines entraba en la clase.

Seminario de Padua.— Entre privaciones sin cuento hizo frente a todas las dificultades. Su carácter, su aplicación, su talento y su piedad auguraban para el futuro un sacerdote ejemplar. Así fué. El 18 de septiembre de 1858 dijo su primera Misa en la Catedral de Castelfranco y el 28 de octubre se hace cargo prácticamente de la Parroquia de Tombolo, por ancianidad de su párroco.

Carrera eclesíastica.— Era entonces José un joven vigoroso de 23 años con sólo un ideal; el de pasar por la tierra haciendo bien. Para eso contaba con la ayuda de Dios, a quien vivía constantemente unido por una piedad sincera y fervorosa; tenía elementos preciosos en la ciencia acumulada pacientemente durante sus años de estudios y su carácter llano y actividad incansable, desarrollaría una labor fructífera entre aquellos campesinos. Iba a ser "luz del mundo, sal de la tierra": las dos características del sacerdote de Cristo.

Tombolo era una población ganadera de unas 1.400 almas. Gente valiente que nunca miraba al cielo para ver si llovía o nevaba; gente cristiana que cumplía con sus deberes, pero gente que, a cualquier molestia del vecino o impertinencia del ganado, soltaba una blasfemia. El analfabetismo predominaba entre los feligreses, no porque ellos no sintieran afición a las letras, sino por falta de oportunidades. Allí está el nuevo Párroco: les abre una escuela nocturna. Las inscripciones fueron numerosas, pero al poco tiempo se descubrieron diversas capas de ignorancia entre los alumnos; unas mucho más profundas que otras. Se imponía una organización y una graduación. Habría dos grados y el párroco se iba a encargar del primero, cuyos alumnos como condición indispensable, nada debían saber. De estos ignorantes se iba a encargar el Párroco.

¿Por qué va a ser Ud. el maestro de los que nada saben?

—Porque eso, responde el párroco, es mucho más pesado.

Y ¿qué le daremos por su trabajo, Don José?

—Nada de dinero; pero en cambio me lo pagaréis muy bien, si no blasfemáis. Tiene que desaparecer la blasfemia de este pueblo.”

Nunca dejó caer los libros de sus manos y tras las horas absorbentes del día (Iglesia, confesiones, catecismos, enfermos, secretaría) hallaba la tranquilidad necesaria para el estudio en el silencio de la noche. Fué sumamente parco en el sueño; con cuatro horas recobraba todo el vigor necesario para seguir en sus faenas.

Ocho años más tarde fué nombrado arcipreste de la populosa Salzano, donde en mayor escala reprodujo el apostolado de Tombolo, hasta que en 1875, su obispo Zanelli, para tenerlo a su lado, como cooperador, lo nombró Canónigo de Treviso y le confirió los cargos más honoríficos. El tacto y el acierto con que en ellos se desenvolvía hizo que el nombre de Sarto sonara en esferas más elevadas. Roma lo nombró Obispo de Mantua en 1884. A medida que se ampliaba el radio de sus actividades se multiplicaban sus aciertos e iniciativas; por eso en 1893 fué creado Cardenal y a los pocos días Patriarca de Venecia.

En la Cátedra de San Pedro.— El Conclave que a raíz de la muerte de León XIII (1903) se reunió en Roma, no contaba entre sus favoritos al Cardenal Sarto. Y el primero en darles razón y asentir plenamente a su parecer era el propio Patriarca de Venecia. Dos hombres ilustres acaparaban las probabilidades: los Cardenales Rampolla y Gotti. Pero la balanza que hacia ellos se inclinaba en los primeros escrutinios, e nel séptimo apuntó al Patriarca de Venecia.

VOTOS: Sarto, 35; Rampolla, 16; Gotti, 7; Diversos, 4.

Aceptada la elección, José Sarto dijo que quería llamarse Pío X en atención al Papa de la Inmaculada.

Síntesis de su Pontificado.— No puede un corto artículo pretender abarcar la vida de un fecundo Pontificado. La Encíclica “E supremi” fué su primer saludo oficial para toda la cristiandad y en ella esbozó con precisión el programa de su reinado espiritual. Confiesa que vaciló ante las tremendas responsabilidades. “¿Cómo no sentirnos profundamente emocionados, viéndonos escogido para suceder a aquel que durante veintiseis a-

ños o poco menos gobernó la Iglesia, con sabiduría consumada, hizo fulgurar tal vigor de espíritu y tan insignes virtudes que se impuso a la admiración de los mismos adversarios e inmortalizó su memoria por el brillo de sus obras? Además... Nos experimentamos un a modo de terror, al considerar las condiciones funestas de la Humanidad en la hora presente. ¿Puede ignorarse la enfermedad tan profunda y tan grave que padece en este momento, mucho más que en el pasado, la sociedad humana y que, agravándose día tras día y corroyéndola hasta la médula, la arrastra a su ruina? Esta enfermedad, la conocéis vosotros: es, con respecto a Dios, el abandono y la apostasía.”

Hay sin embargo, una solución y a ella se aferra con toda su alma. “Si se nos pidiese un lema que manifestase claramente el deseo de nuestro ánimo, no diríamos sino éste, sacado del fondo de nuestra alma: **Restaurarlo todo en Cristo**”. En torno de esta idea va vibrando el alma de Pío X “Restaurar todo en Cristo y llevar los hombres a la obediencia divina, es lo mismo... Ya veis qué obra nos ha sido encomendada a Nos y a vosotros. Se trata de llevar las sociedades extraviadas lejos de la sabiduría de Cristo a la obediencia de la Iglesia, la Iglesia a su vez las someterá a Cristo, y Cristo a Dios.” Y brotan de su pluma enardecida medios prácticos que señalan puntos vitales; temas más tarde de encíclicas y articulado de leyes: desde la santificación del clero hasta la comunión e instrucción religiosa de los niños. Así esbozado el plan general, sin pretender permenorizar los actos de su Pontificado, me parece hallar su bella síntesis en las inscripciones de su sarcófago. En los cuatro lados de su tumba, sencilla, como lo fué toda su vida, se lee lo siguiente:

1º) Promotor de la santidad, introdujo la costumbre más frecuente de la Eucaristía y se apresuró a dar este manjar a los niños.

2º) Renovador de la disciplina, mandó reunir en un solo cuerpo, todas las leyes vigentes en la Iglesia.

3º) Defensor de la Religión, repudió la Ley de la separación de la Iglesia y el Estado.

4) Maestro de la Fe, hundió con su condenación las doctrinas que renovaban las aberraciones de todos los errores.

Sobre cada uno de estos temas la literatura es copiosa.

1º) Por diversos decretos fué introduciendo la frecuente comunión.

a) Se recomienda a los fieles la frecuente y aun diaria Comunión (1905).

b) Se le debe recomendar a los niños que han hecho la primera Comunión (1906).

c) La edad en que deben recibir la comunión es cuando comienzan a tener algún uso de la razón (1910).

“Los decretos eucarísticos de Pío X, dice R. Bazin, son uno de los más grandes actos del Papado de todos los tiempos. Debe llamárselos una obra de genio...”

2º) La dispersión y multiplicidad de leyes creaba para el estudio y la misma legislación un caos impenetrable. Nada tiene de extraño que surgiera en diversas ocasiones el deseo de una ordenación y codificación. En el mismo Vaticano se abogó por esta necesaria innovación. Mejor que nadie había palpado su necesidad el Papa y no contento con hablar y encargar su redacción al Cardenal Gasparri, el mismo Papa entregó una nota por él redactada sobre el modo de preparar el trabajo de la Codificación. El 19 de marzo de 1904 todo estaba en marcha, y a la muerte del Papa (1914) su redacción se podía dar por terminada. Benedicto XV reconocía a su predecesor no sólo como el iniciador, sino que “debía ser mirado como el autor del Código del Derecho Canónico y le colocaba entre los Papas ilustres, Inocencio III, Honorio III, Gregorio IX que contribuyeron en alto grado a la renovación de la legislación eclesiástica.” Y esta verdad la reconoce el mismo título de la Obra “Código del Derecho Canónico, compuesto por mandato de Pío X y promulgado por autoridad de Benedicto XV.”

Así como la vitalidad espiritual de la Iglesia se vigorizó con los decretos sobre la Comunión, así la disciplina eclesiástica se simplificó y robusteció gracias a la codificación del Derecho Canónico.

3º) Las relaciones entre la Iglesia y el Estado eran en algunas partes tirantes y los atropellos que se sucedieron en Francia prueban el sectarismo y furor que animaba a masones y jacobinos. Nada consiguió la prudencia y habilidad diplomática de León XIII. No tuvo más éxito en sus gestiones Pío X con su paciencia y bondad. Todas estas actitudes se tomaban como síntomas de debilidad y a veces ni se tenían en cuenta. Y llegó la ley de supresión de las Congregaciones y la ley de las inhumaciones y cuando las pretensiones del Gobierno Francés rebasaron los límites, se alzó enérgica la voz de Pío X para lanzar un

NON POSSUMUS. A su eco, como respuesta respondió el Gobierno de Combes con la ruptura de las relaciones diplomáticas. Rudo era el golpe, pero, en medio de la tormenta, sereno se mantuvo el Papa y después de publicar el “LIBRO BLANCO DE LA SANTA SEDE” contraponiendo conducta a conducta, asienta en otro documento célebre dirigido al Episcopado, Clero y pueblo francés la doctrina de la separación de la Iglesia y el Estado.

1º) El rompimiento es un hecho deplorable, hace tiempo preparado por el Gobierno francés, mediante una serie de atentados brutales.

2º) El principio de la separación es falso en el orden religioso; perjudicial en el civil; opuesto en el histórico a las glorias de Francia y quebrantador de la fe jurada y del derecho de gentes.

3º) La ley promulgada destruye la independencia, libertad y acción de la Iglesia.

4º) Es funestísima, aun para la nación francesa por sembrar la semilla de la discordia entre los ciudadanos.

Las mismas ideas en idénticas circunstancias las repitió el año 1910 ante los desafueros del Gobierno republicano de Portugal.

4º) Como gangrena mortal, insensiblemente fué invadiendo, sobre todo la parte intelectual de la Iglesia, una herejía, el **Modernismo**, “punto de cita, según el Papa, de todas las herejías”. Por las alturas intelectuales corrían vientos de renovación, con pretensiones de modernizar la Iglesia. Si con esto se quería un reajuste de los procedimientos, de la técnica, del estudio de los problemas actuales, nada hubiera habido de reprochable en esos propósitos. Pero la realidad era muy otra; ni podía menos de ser cuando la savia que corría por el sistema estaba formada por el agnosticismo, el inmanentismo y el evolucionismo. Brotes de esa savia son las proposiciones de los Modernistas, donde nada queda a salvo. La Biblia con su inspiración es uno de tantos libros, sujeto a crítica y de autoridad muy restringida. Jesucristo ni es hijo de Dios, ni tiene su misión el carácter divino, ni son los sacramentos fuentes de gracia. La inmovilidad del dogma pugna con la variabilidad de la verdad...

Todas estas conclusiones y otras muchas, por más que vinieran con cierto aparato de modernidad, no eran más que la radical destrucción de todo el cristianismo. Y estas conclusiones absurdas corrían de boca en boca, porque sus prin-

cipales autores sabían propinar el veneno en dosis suaves, literarias y con cierto espejismo de ciencia. No se dejó fascinar por estas apariencias Pío X y lanzó una serie de documentos, donde con toda claridad y decisión, no sólo denuncia el terrible error sino que lo hiere con el rayo de su condenación. En efecto a los pocos meses de la proscripción de 65 proposiciones erróneas por la Congregación del Santo Oficio, vino la encíclica PASCENDI (1907) que estudia el error en la forma más amplia y luego el decreto LAMENTABILI y otra serie de documentos y actividades que lo acosaron y detuvieron en su carrera conquistadora.

Fué el mismo Tyrrel, el teólogo del Modernismo, quien escribía: "Ningún modernista tiene derecho a ser sorprendido por esta encíclica sino por el valor y la sencillez desacostumbradas con las que, dejando a un lado la diplomacia y los equívocos habituales, no teme presentar a un mundo asombrado todas las consecuencias lógicas, prácticas tanto como especulativas, de la teología escolástica... Está en juego todo el valor de la Revelación."

Pero gracias a la energía del Papa, se desvaneció, como peligro inminente, la tempestad arrolladora del Modernismo.

Pío X y Venezuela.— Con los albores del nuevo siglo la Iglesia de Venezuela, entró en una fase de graves dificultades. La salud precaria de Mons. Crispulo Uzcátegui, Arzobispo de Caracas, iba dando señales de una debilidad mental progresiva, hasta el punto que sirvió de ocasión para que se avivaran algunas apetencias aclesiásticas con urgentes reclamaciones; incluso dudaban algunos de la capacidad mental del Sr. Arzobispo. El Capítulo, en vista de ello, por mayoría declaró Sede Vacante y escogió de entre su seno quien hiciera como de Vicario Capitular.

Ni la razón alegada ni el procedimiento seguido le parecieron al Vicario General Mons. J. B. Castro, ajustados a la realidad ni a la puridicidad; razones que le indujeron a continuar en el ejercicio legítimo de su autoridad como Vicario General. Comenzaron entonces ciertas disputas donde se escucharon expresiones y se tomaron actitudes nada edificantes y cuyo eco desapacible resonó en Roma. El 29 de diciembre de 1900 llegaba un telegrama del Cardenal Rampolla, Secretario de León XIII: "El Santo Pa-

dre ordena que el electo por el Capítulo se abstenga de todo ejercicio de la jurisdicción que tú tienes, hasta que la Santa Sede establezca otra cosa."

Esta comunicación dirigida a Mons. Castro, calmó un tanto los ánimos, pero su misma redacción "hasta que la Santa Sede establezca otra cosa" daba a la solución un carácter de interinidad, lo suficiente para que no murieran algunas aspiraciones y forcejaran por abrirse paso. Comenzaron, pues, ciertas actividades medio subterráneas, hasta que por fin volaron dardos envenenados llevando en su punta a veces hasta la calumnia. La decisión se hizo esperar demasiado y no llegó hasta que subió al trono Pío X, quien muy pronto nombró a Mons. Castro Obispo Coadjutor y para darle muestras de su especial predilección quiso que su Consagración fuera en Roma. El 6 de enero de 1904, en el Colegio Pío Latino-Americano, el Cardenal Merry del Val, Secretario del nuevo Papa imponía sus manos sobre Mons. Castro y le confería la plenitud sacerdotal.

No fué camino de rosas el Pontificado de Mons. Castro, pero encontró lenitivo para las punzadas de tantas espinas, en el reconocimiento oficial de la Iglesia que, en más de una ocasión, encomió públicamente al esforzado Pastor. Si el Delegado Apostólico, Mons. José Aversa, no contento con ponerse siempre a su lado, lo llamó públicamente "Varón de Dios", el 8 de diciembre de 1910, al encomendarle Pío X en una carta la reforma del Clero encarecidamente, deja caer de su pluma expresiones que, calculadas y medidas como son, constituyen el veredicto definitivo de Mons. Castro: "...Eso (la reforma del Clero) nos lo prometemos del culto tuyo por el cumplimiento del deber. Bien sabemos, en efecto, que de tal manera te hallas provisto y adornado de las virtudes necesarias de un Prelado, que tu vida puede ofrecerse a todos como espejo, ni ignoramos tampoco cuán a mal llevas el que la Iglesia de tu Patria de que ciertamente eres amantísimo, padezca tantas calamidades..."

Glorificación.— El próximo 3 de junio Pío X será beatificado. Por diversos motivos todos tenemos que dar gracias a Dios, pero sobre todo aquellos que por los Decretos del Papa de la Eucaristía aprendieron desde muy niños a ser fuertes con el Manjar de los fuertes.

VICTOR IRIARTE, S. J.